

# **Completando y actualizando el proyecto inacabado**

Hermanos de Babeuf



Completando y actualizando  
el proyecto inacabado

Hermanos de Babeuf

*gracchusbabeuf@riseup.net*

Noviembre 2014

*Impreso en Barcelona*

## Prólogo

El presente texto surge desde la necesidad de actualizar la perspectiva revolucionaria, tan presente en otras fases de la historia. Si algo caracteriza a nuestros tiempos es que las grandes tensiones sociales tienden a reafirmar la inevitabilidad del capitalismo — y mucho menos a reconocer la necesidad inmediata de pasar a una organización social diferente. Se consideran obsoletas las grandes narrativas revolucionarias y lo que florece es el monólogo de las élites económico-políticas, las propuestas socialdemócratas, las críticas parciales de las alternativas posmodernas que trabajan a favor de los «derechos» y la democratización de la opresión, y también una retórica revolucionaria vacía e ineficaz, que consiste en un modo de autosatisfacción discursiva que se queja constantemente porque la sociedad no entiende sus verdades.

Lo que se intenta en el siguiente texto es defender la actualidad de la causa revolucionaria y, al mismo tiempo, repetir o aclarar aquellas características que le permitirían salir de la posición marginal en la que se encuentra. Consideramos que hay que recuperar la historicidad de la causa que defendemos. Ante las críticas que argumentan que nuestra propuesta es utópica e inaplicable respondemos que ella ha sido expresión de un movimiento histórico que no ha cesado de aparecer, reaparecer y dejar sus huellas en toda la historia social. Consideramos que esta historia es la evolución de un conflicto cuya fase actual empezó en 1789, con la Revolución francesa, y sigue hasta nuestros días. En este conflicto debemos encontrar la manera de actualizar la obra del Babeuf y de la «Conspiración de los iguales», de la Primera Internacional y la Comuna de París, de las insurrecciones y revoluciones

obreras después de la Primera Guerra Mundial, de la revolución social en la Península Ibérica, de la autonomía italiana, así como de otros movimientos emancipatorios de los siglos XX y XXI. Sin toda esa actividad creativa y luchadora no habría historia moderna. En otras palabras hay un corpus de pensamiento y praxis comunes entre experiencias pasadas y nuestras luchas presentes. Un movimiento común, a favor de lo común, siempre presente en la historia moderna. Ahora necesitamos ponernos manos a la obra no para inventar algo ex nihilo, sino para revitalizar nuestro proyecto inacabado.

En este sentido hace falta renunciar a la falsa dicotomía entre revolución y pragmatismo. La revolución es praxis; si es declaración de intenciones que no consiguen ser prácticas, entonces no es revolución. Además, no ocurre en un momento o momentos apocalípticos que lo cambian todo, puesto que no existe génesis desde cero, sino creación de cambios sociales significativos, de acontecimientos que marcan un antes y un después de la causa emancipadora. El proyecto revolucionario es la emergencia radical de elementos y prácticas antagónicas que consiguen ser hegemónicas en un momento determinado, pero que ya estaban presentes en la historia y la vida social anteriores. Por tanto, hay que investigar qué es lo que se ha hecho hasta ahora en la historia de las luchas y qué ha permitido crear esos acontecimientos significativos. Lo que es interesante es cómo se realizan las rupturas en la vida real y no un perfeccionismo ideológico ahistórico e impotente. Y la cuestión central de la vida social que pretendemos responder es: ¿cómo se puede crear y generalizar un modo de toma de decisiones que promueva la equidad y la libertad de todos y todas, tanto en el curso de las luchas como en la nueva organización social? ¿Cómo podemos pasar a un modo de organización sin que unos grupos minoritarios interconectados (políticos, tecnócratas/científicos, patrones) decidan sobre los asuntos sociales, y pasar todo el poder al «pueblo»? Y también: ¿cómo se pueden articular otras formas para cumplir nuestras necesidades en materia de vivienda, de alimentación, de transmisión de saberes, de salud, de acogimiento de la diversidad, de enfrentamiento al duelo? Es evidente que estas preguntas presuponen la interconexión de medios y fines o, en otras palabras, se tienen que responder tanto

en la organización del acontecimiento revolucionario como en la nueva sociedad según las mismas premisas.

El siguiente texto pretende demostrar que la ruptura es necesaria y posible. Es necesaria porque el futuro que nos prometen no será la vuelta a los tiempos del «bienestar» y del consumo asegurado, sino el constante esfuerzo frustrado de realizar ese retorno, para hacernos aceptar la precariedad y la pobreza permanentes con la idea de que son transitorias, provisionales. En este momento parece que la crisis pierde su carácter agudo para convertirse en una condición crónica y estructural que mezcla la miseria de las primeras décadas del siglo XX con el desarrollo tecnológico y científico de la modernidad tardía. ¿Estamos ante la emergencia de un nuevo paradigma? No somos profetas pero pensamos que la fase del consumo asegurado representa sólo una pequeña parte de los tres siglos de la historia moderna, y que nunca tuvimos la garantía de que esa fase sería permanente.

También pretendemos demostrar que un proyecto rupturista es posible definiendo las condiciones de su posibilidad. Una serie de experiencias históricas muestran cuáles son estas condiciones. Se pueden compensar bajo el lema de la demanda de una comunización — la superación del capitalismo y de la democracia como sistema deseudodialógico entre individuos aislados. Los regímenes democráticos modernos tienen como base declarada la «soberanía popular», pero tal soberanía no existe hoy: tanto en la esfera de las decisiones políticas como en la económica, el ciudadano no es más que un consumidor de opciones prefabricadas. El «poder popular» puede ser real sólo mediante procesos de reflexión y actividad colectivos, que no tienen nada que ver con una vida pública controlada por el mercado y por la política profesionalizada. Ahora bien, la quejas constantes contra políticos y banqueros muestran la posibilidad para la difusión social de la demanda de la comunización: cuando la gente pide «democracia real» faltan sólo pocos pasos para comprender que esta «democracia real» puede ser efectiva sólo si se basa en la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y de la política profesional.

El discurso dominante repite que es una propuesta irrealizable. Pero precisamente la difusión confusa de esta demanda muestra que

lo que falta es su articulación clara y contundente para convertirla en reivindicación generalizada. Y entonces, como decía el cardenal de Retz, «*cuando se creen que pueden hacer algo, seguro que son capaces de hacerlo*». Un giro radical en la organización político-económica y social es posible si se entiende como un desarrollo de las experiencias pasadas. Si los oprimidos y las oprimidas consiguieron derrotar a las élites de los aristócratas, ahora es el momento de anular el poder de las oligarquías democráticas. Se trata de llevar la consigna «*libertad-igualdad-fraternidad*» hasta sus últimas consecuencias: crear las condiciones para la soberanía de la comunidad sin la opereta de las elecciones, los profesionales de la política y sin mayorías y minorías silenciosas. Pero para llegar hay que reflexionar sobre las luchas pasadas por esta consigna, sus fallos y sus victorias. En otras palabras hay que dejar de ver la praxis como una aplicación de esquemas preconcebidos para convertirla en la continuación de un trabajo político realizado y de una historia de luchas. Es decir, habría que ver la praxis actual como la extensión de una línea de actividad precedente. Lo que se propone aquí es ver la política rupturista no como la aplicación de unos principios y teorías, sino como una investigación práctica sobre el mejor modo de vivir y luchar por unas premisas. Nuestros antecedentes históricos nos dan la base para ir más allá. Sobra decir que cualquier modelo de organizar una actividad colectiva es siempre provisional y siempre está en espera de otras propuestas teórico-prácticas más eficaces y prometedoras. En este sentido, el presente texto es un estímulo para pensar, pero también tiene carácter provisional ante las discusiones que impondrán su revisión.

Barcelona, Noviembre 2014

# Introducción

Hablemos sobre nuestro problema. En la crisis capitalista actual el movimiento libertario se encuentra sin una propuesta política para convertir la crisis capitalista en crisis de hegemonía del capital y del Estado. La organización de la vida basada en la propiedad privada de los medios de producción y en el Estado sigue siendo, para la gran mayoría, el único modo de organización social. Las tradiciones revolucionarias de los siglos XIX y XX no constituyen referencias históricas para una expresión liberadora del malestar social. El sueño - que circulaba en las asambleas y las tabernas de la militancia del siglo XX y que llegó en su última manifestación como proyecto de ruptura global en el periodo 1965-1980 - se ha perdido, la abolición de la explotación y de la miseria (material, emocional o intelectual) se considera utópica. El neoliberalismo, más voraz que nunca, y la socialdemocracia (que muchas veces aparece como alternativa «radical» que puede sacarnos de la crisis) monopolizan la discusión sobre la situación actual mientras que el espíritu que inspiró a la gente oprimida en las grandes ofensivas clasistas y liberadoras del pasado está ausente.

Los que se llaman libertarios/as o anarquistas siguen haciendo con consistencia y continuidad lo que mejor saben: la organización de proyectos colectivos autoorganizados y/o intentos insurreccionales. Sin embargo, no ofrecen ninguna proyección sobre el momento y el proceso del conflicto decisivo para la transformación social. Es más, ni se plantean la posibilidad de este conflicto o de esta transformación. Según sus discursos, el cambio social se hará desde abajo, de manera autoorganizada, etc. Pero esta idea es más una esperanza y mucho menos una propuesta práctica. Por ejemplo, ¿cómo se organizará políticamente la sociedad si no existe gobierno? ¿Qué tipo de estructuras sociales habrá? La realidad es que los libertarios, anarquistas, antiautoritarios participan en el movimiento social más amplio como «fuerza de choque», pero no suelen ser los que caracterizan su orientación y

sus objetivos. Y, es por eso que, cuando la pureza revolucionaria resulta insuficiente para responder a las necesidades prácticas, bastante veces caen en el reformismo.

Argumentamos que las debilidades del movimiento libertario y anarquista no son ocasionales, sino que son elementos estructurales de las perspectivas políticas que han dominado sus discursos. En otras palabras, el movimiento libertario actúa y defiende lógicas que equivalen a la renuncia de la organización y de las prácticas que puedan conducir a la victoria de nuestro posicionamiento histórico, que no es otro que la idea de que la organización horizontal puede ser generalizada y eficaz. Los/las militantes no consideran la necesidad de haber pensado algo si llega un momento de tensión social que permita la oportunidad de un acontecimiento generalizado de ruptura. Y esta carencia es la mejor garantía de que este momento nunca llegará. Simplificando, el anarquismo actual se caracteriza por una actitud ética que implica una firme fe en algunos principios y en un vocabulario; sin embargo, no tiene fuerza para determinar la agenda de las cuestiones que se debaten socialmente. Para decirlo con más claridad: la mayoría social considera que el problema es la austeridad, la deuda, el déficit, la recesión. Desde un punto de vista revolucionario, se plantea que todos estos asuntos son resultados del capitalismo y que se resolverán con su abolición. Se defiende la autoorganización y la autogestión social como un modelo alternativo de organización social. No obstante, existe un vacío absoluto en cuanto al proceso de transición desde el capitalismo hasta la nueva organización social. Aunque se hayan desarrollado debates interesantes en torno a esta cuestión, estas discusiones no han conseguido ofrecer una propuesta que sea, hasta cierto punto, convincente. Cuando había una relativa prosperidad social, antes de la crisis, los defectos de nuestros discursos no parecían dramáticos porque los conflictos sociales no ofrecían la oportunidad de una ruptura revolucionaria. En la actualidad en muchos países, los conflictos sociales recuerdan a la tensión —aunque no con la misma calidad— de las décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado. Sin embargo la oportunidad de una nueva ofensiva clasista y social sigue tan lejana como antes.

Argumentaremos que el problema básico para la causa emancipatoria es responder a dos cuestiones: primero, el problema de la organización del conflicto y de las fuerzas sociales que participan en él. Segundo, el problema del poder, es decir, la cuestión de la creación (o no) de una centralidad política de la lucha y, a continuación, de la nueva estructura de organización social.

Pero antes, es mejor intentar aclarar dos puntos:

**a)** ¿Qué significa definirse como «libertario» o «anarquista» hoy en día?;

**b)** ¿Por qué hay que defender la idea de la ruptura con el sistema dominante y no apostar por un cambio gradual tal como se expresa en los discursos que enfocan su crítica en el neoliberalismo o el «capitalismo salvaje» pero no en el capitalismo sin adjetivos, en el capitalismo en cuanto tal?



# 1

## Sobre la identidad política

Para algunos y algunas, la identidad anarquista/libertaria significa diferenciarse del marxismo. Sin duda, los bakuninistas previeron correctamente las terribles consecuencias —para la causa de la liberación social— de la forma organizacional que representaba el «partido» vanguardista y de tener como objetivo la ocupación del poder estatal. Sin embargo, no consiguieron articular una propuesta convincente e históricamente eficaz. Además, han existido algunas interpretaciones del término «partido» y «ocupación del poder» en la corriente marxista que se han desviado de la interpretación leninista dominante. Puede hacerse una lectura de Marx a partir de ellas, y pensar que el término «partido» tiene el sentido de la comunidad de la lucha organizada y no de una estructura exterior a la clase. Una generación entera de militantes marxistas dentro y fuera del partido socialdemócrata de Rusia se enfrentó a los bolcheviques durante

la Revolución rusa. También, los comunistas consejistas, Rosa Luxemburg y los Espartaquistas, y la autonomía italiana defendieron un «partido» que era diferente del de la perspectiva bolchevique.

Todos ellos, igual que los/las anarquistas, no consiguieron articular una alternativa ante el «éxito» bolchevique, leninista y estalinista. Pero la existencia de estas corrientes demuestra que rechazar por completo los posicionamientos marxistas en cuanto a la cuestión del poder es, como mínimo, problemático. Existe un gran pluralismo de planteamientos desde los dos bandos (anarquistas y marxistas) que vale la pena estudiar.

Lo que deja claro el término «anarquista» o «libertario» es que la política debe ejercerse desde abajo. Desde una perspectiva revolucionaria, no hay margen para la política parlamentaria, mediática y profesionalizada. La dinámica del juego parlamentario se basa en una lógica de delegación casi absoluta, según la cual el rol de la base social se vuelve secundario y pasivo, mientras que los «representantes» adquieren plena libertad de movimiento. El espacio de diálogo público y la deliberación colectiva (como esencia de la autoorganización) se pierde o se reduce a la participación en las elecciones. Además, el parlamentarismo, como ya se ha dicho tantas veces, se articula con el funcionamiento del mercado capitalista y es el sistema de organización política que corresponde a ello: mercado capitalista y parlamentarismo parten de una idea de pseudolibertad individual, limitada a elegir entre opciones prefabricadas. Los partidos son como los bienes que ofrece el consumo: todos saben que sus promesas son falsas pero la esperanza de un cambio, incluso imposible, les permite seguir sobreviviendo.

La izquierda intenta promover una actividad política que, aunque sea parlamentaria, mediática y profesionalizada, puede tener, según ellos, cierta utilidad si los delegados representan «de verdad» los intereses de los oprimidos o de la sociedad. Lo que no entiende la izquierda es que el problema con la delegación no es un problema de personas más o menos fiables, sino de estructuras que imponen la desaparición de las posibilidades de deliberación/autoorganización colectiva y social. La izquierda es el salvavidas del parlamentarismo, de la política profesional y, en consecuencia, del capitalismo. La izquierda busca

votantes, seguidores, ciudadanos pasivos que le sigan en sus pretensiones parlamentaristas y mediáticas. ¿Cómo puede un ciudadano pasivo exigir y conseguir el fin del control privado de los medios de producción o implicarse en la toma de decisiones? No puede. El sistema de dominación ha sobrevivido gracias a la izquierda, que en los momentos más ardientes de la historia social ha seducido a la gente oprimida diciéndole que se pueden hacer tortillas sin romper huevos, es decir, cambiar el mundo sin pasar por la peligrosa —«peligrosa» en el pleno sentido de la palabra— aventura revolucionaria. Y los partidos de corte leninista/bolchevique, presuntamente revolucionarios, han sido la mentira fundacional de esta seducción, según la cual alguien puede obedecer a un gobierno «revolucionario» y, al mismo tiempo, trabajar por la libertad de todos y todas.



# 2

## **Los adversarios del proyecto emancipatorio**

Tendríamos que aclarar qué queremos decir cuando nos referimos a la palabra «revolución». Revolución significa crear un acontecimiento que marque un antes y un después. Hoy en día, acontecimientos revolucionarios, se pueden considerar aquellos en los cuales la base social se apodera de la toma de decisiones e impone criterios y valores antagónicos a las relaciones de explotación y dominación. Este apoderamiento conlleva la deslegitimación del marco jurídico/legal vigente y nuevas concepciones y mecanismos en las normas sociales. En consecuencia, es obvio que el respeto hacia las leyes sólo porque son leyes es incompatible con la práctica revolucionaria.

El proceso revolucionario incluye el cese de las estructuras actuales de delegación y representación que limitan la base social al rol de votante o espectador, es decir, el fin del Parlamento y de las estructuras

gubernamentales existentes y, además, el fin del control privado de los medios de producción. Nos gusta siempre repetir que el cambio social que deseamos se basa en la implicación constante y duradera de la gente en los procesos de toma de decisiones, cosa que conlleva, evidentemente, un cambio radical en las estructuras político-económicas.

Reconocemos que los momentos históricos que llamamos «Revolución francesa», «Revolución rusa» o «Revolución china» han sido acontecimientos revolucionarios. Consistían en la activación de la base social como sujeto político colectivo y soberano, aunque esta activación no haya sido completa sino contradictoria. En todo caso, la entrada de la base en la escena de la historia fue un hecho indudable durante esos acontecimientos. Lo que pasó después es que, tras una primera fase, la reproducción de las lógicas de delegación autoritaria se impuso a la fiebre revolucionaria y, peor aún, esas lógicas llegaron a producir estructuras estatistas y totalitarias. Después de estas experiencias, somos conscientes de la extrema importancia de crear —y revisar cuando sea necesario— estructuras y discursos que permitan que el involucramiento de la base social en la toma de decisiones sea no sólo una fiebre condenada a desaparecer, sino una mutación en los imaginarios y las prácticas sociales destinada a mantenerse.

Pero ¿por qué insistimos en propagar la revolución social? ¿No tienen razón todos los izquierdistas y progresistas que argumentan que lo que necesitamos —en las condiciones actuales de crisis y avance de la miseria— es un cambio en la composición del personal político y en las políticas seguidas? Nos dicen: «*Cuando hay gente que llega a buscar en la basura y hay niños que se desmayan en las escuelas, necesitamos cosas más sencillas que idealismos revolucionarios, que son buenos como objetivos a largo plazo pero que no responden a los problemas presentes*». La propuesta de una ruptura social se presenta como no realista.

No obstante, esta ruptura es la única propuesta realista. El capitalismo neoliberal ha llegado a un punto de desarrollo que hace imposible el regreso al régimen anterior de un bienestar relativo (hablamos siempre del mundo occidental). La alternativa a esta situación no son las políticas keynesianas de corte socialdemócrata que se aplicaron en

décadas anteriores. Cualquier intento de cambiar el modelo económico dentro del sistema capitalista (aumentando las inversiones públicas, protegiendo el trabajo, aumentando la liquidez con la producción de dinero) se enfrentará con las enormes presiones del capital financiero internacional que podrá imponer, ante los proyectos socialdemócratas, condiciones de miseria para la población aún más extremas que las actuales o, para ser más precisos, para los estratos sociales más explotados. El capital ha llegado a un grado de desterritorialización que hipoteca dramáticamente cualquier posibilidad o tendencia de reterritorialización según lógicas socialdemócratas. Lo que proponen los izquierdistas y progresistas socialdemócratas quizá parezca «radical», porque se enfrenta a la reacción rabiosa de los portavoces del capital financiero. Hay que tener claro que esta reacción no es ocasional sino estructural: subraya los serios problemas de las propuestas socialdemócratas en cuanto a su posibilidad de ser aplicadas. Por eso, al final, los socialdemócratas en el gobierno acaban siendo neoliberales perfumados.

La «oposición» entre neoliberalismo y socialdemocracia es expresión de la tensión constante que existe entre las partes complementarias de una propuesta política común: mercado capitalista y democracia parlamentaria. La tensión entre socialdemocracia y neoliberalismo se opone a todas las posibilidades de transformación social significativa y, además, dificulta cualquier posible respuesta social frente los ataques que recibimos. Es una pseudodisputa que no puede tocar el poder del capital, ni siquiera del capital financiero. Lo que los socialdemócratas quieren es mostrar como una victoria una simple restricción cuantitativa de la agresividad neoliberal; sin embargo, todos entienden que una transformación cualitativa y estructural es imposible. Y eso porque el capital financiero, que está desterritorializado, es resultado de la irreversible tendencia histórica del capitalismo a intentar anular constantemente su dependencia del antagonismo obrero y clasista y las consecuencias de este antagonismo en la producción capitalista.

Observemos la tendencia del capital. Después de la tercera década del siglo XX el keynsanismo estaba en plena expansión. La cultura consumista emergió como intento de absorber el antagonismo prole-

tario. En los años 60' las luchas proletarias y juveniles reaparecieron dentro del marco de la sociedad de consumo y cuestionaron toda las formas de vida que se basaban en la organización bipolar trabajo/consumo. El capital respondió —no sin violencia y sin aplastar a los colectivos clasistas y sociales más combativos— imponiendo la transición al denominado posfordismo y a su sostén ideológico: el neoliberalismo. Las características básicas de esta transición han sido: a) la sustitución de la gran fábrica fordista por el trabajo flexible y precario; b) la sustitución del consumo asegurado por los préstamos bancarios que permitían a los trabajadores seguir consumiendo, aunque sus condiciones económicas y laborales empeorasen. En esas nuevas condiciones, el trabajador no podía contar con un salario estable para tener acceso a los bienes del mercado. Tenía que endeudarse y trabajar sin protestar para poder consumir y pagar sus deudas. Así, el capitalismo aseguró la disciplina laboral, pero, al mismo tiempo, el poder adquisitivo y el consumo se volvieron inestables e inseguros. Ahora bien, a medida que el consumo de los bienes materiales se «precarizaba», el capital desarrollaba los mercados financieros para mantener y aumentar su rentabilidad. A medida que los mercados financieros se engrandecían, la economía «real» se volvía una fuente cada vez más pequeña de la acumulación general de capital. En consecuencia, para el capitalismo actual, la base más importante de plusvalía no está en el mercado de los bienes materiales sino en el mercado de la deuda. El dinero que genera dinero se basa en la deuda y las deudas, en algún momento, deben pagarse.

La crisis actual, en palabras simples, es eso: el momento en que se hace evidente que una gran parte de la deuda global no se va a pagar.

¿Cómo responde el capital a esta «crisis de la deuda»? Organizando un gran proyecto de destrucción social. Destruye sus partes más defectuosas y menos solventes, es decir, las más endeudadas. Y también destruye las sociedades y, en concreto, a las clases trabajadoras y a una parte de las clases medias. Con este gran movimiento de devaluación pretende crear campo abierto para los capitales que sobreviven. Pretende crear un campo de bajo coste laboral y posibilidades de explo-

tación muy rentables. Las consecuencias sociales de esta lógica se han hecho evidentes.

Este gran proyecto de devaluación requiere que amplias partes de la sociedad del «primer mundo» se conviertan en tercermundistas y que las metrópolis capitalistas se transformen en estructuras sociales extremadamente polarizadas y divididas: pobreza y miseria para una gran parte de la población y un bienestar blindado por policías militarizados para una minoría. No obstante, esto, que es una imagen del siglo XIX o de principios del XX, es un retroceso histórico para el capital mismo. El capitalismo busca —en su fase de desarrollo bancario-financiero actual— el consumo más extendido posible, aunque de manera contradictoria. Los Amos desearían ver la restauración de la normalidad social y económica que existía antes de la crisis, pero la lógica del sistema mina las posibilidades de dicha restauración, puesto que no puede empezar un nuevo ciclo de endeudamiento hasta que no se haya cerrado el anterior. Así, las políticas que se aplican acaban siendo contraproducentes para la misma perspectiva neoliberal, ya que no permiten la reincorporación social y al consumo de los estratos bajos, sino que los excluyen cada vez más.

Evidentemente, no hay herramientas para analizar científicamente la realidad social, deducir las «leyes» que la regulan y prever su evolución futura. Sea como fuere, debemos subrayar el carácter totalmente irrealista de las políticas estatales e interestatales que se aplican, que no tienen capacidad de revitalizar el sistema bancario-financiero porque éste padece, justamente, de una falta de prestatarios fiable.

Los apuntes anteriores se refieren, tal como hemos dicho, a la propuesta neoliberal. Centrémonos ahora en la propuesta socialdemócrata. No analizaremos qué es el keynesianismo porque no es el momento y porque otros pueden hacerlo mejor que nosotros. Digamos sólo por qué es imposible lo que propone.

Una propuesta que argumenta que la economía debe basarse en la protección del trabajo para activar la productividad de la «economía real», y en consecuencia el desarrollo capitalista, obvia el hecho de que una enorme parte del capital está fuera de esa economía «real». El capital bancario y financiero controla el capital de la producción de

los bienes reales. Por eso es imposible que una crisis, que es crisis de «deuda» (crisis bancario-financiera), sea superada por la activación de un sector económico (la economía «real») que juega un papel relativamente secundario. Cualquier intento de un Estado keynesianista para proteger el trabajo está destinado a fracasar porque:

– El Estado del país que lo intente estará obligado a endeudarse para financiar sus inversiones, con lo cual o bien incrementarán los problemas de deuda existentes, o bien los préstamos recibidos estarán acompañados de condiciones extremadamente duras, que anularán cualquier protección de las condiciones de trabajo.

Hablando de la Unión Europea, conducirá a la salida del euro y al retorno a la moneda nacional, cosa que, en cuanto al sur europeo, conllevaría la devaluación de la fuerza de trabajo en el interior de cada país.

– Puede conducir al fin del euro y, en consecuencia, a la devaluación incontrolada del nivel de vida en las economías menos desarrolladas y a una devaluación del nivel de vida algo más limitada en los países más desarrollados. En otras palabras, a causa de las guerras comerciales que estallarán empeorará la calidad de vida en todos los países. En el caso de una vuelta a las monedas nacionales, son probables no sólo tensiones políticas serias entre los Estados, sino también tensiones militares.

En todo caso, el keynesianismo no llevará al «desarrollo». El keynesianismo apareció y funcionó en una fase histórica diferente, cuando las estructuras del capital y sus relaciones con el trabajo eran distintas. En 1929, aunque la crisis empezó desde las bolsas, la producción «material» era el campo de rentabilidad más importante y por eso la recuperación de la rentabilidad en la economía «real» pudo conducir a la restauración del desarrollo capitalista. En la actualidad, la situación es muy diferente; el sector bancario-financiero es dominante. Y para restaurar el desarrollo habría que restaurar la rentabilidad bancario-financiera sobre bases sólidas, cosa que, como hemos explicado, no se puede.

Por cierto, siempre existe la posibilidad de un éxito parcial de la propuesta keynesiana y —para decirlo de manera diferente— del in-

tento de reterritorializar el capital y reiniciar el desarrollo capitalista con eje en esta reterritorialización. En este caso, los grupos dominantes en el proceso deberán romper en el mayor grado posible con el sistema bancario-financiero internacional, crear una moneda nacional e intentar apoyar al capital nacional mediante la militarización (que equivale a una devaluación extrema) del trabajo en el interior de sus países. La imposición de una disciplina laboral y social dura («por el bien de la patria», «por la dignidad e independencia nacional») permitirá que el capitalismo nacional resista, por una temporada, eficazmente a las grandes presiones internacionales, al sistema bancario-financiero internacional y a los Estados y organismos que lo apoyan. El aseguramiento de empleo a nivel nacional, es decir, el aseguramiento de puestos y de salarios relativamente dignos irá acompañado por el sometimiento absoluto a las decisiones del Estado y los amos nacionales. Este keynesianismo militar puede conducir a un aumento de la productividad y el desarrollo capitalistas, en una situación de plena opresión social y de aplastamiento de los explotados en cuanto sujeto político.

Sin lugar a dudas, los que pueden llevar a cabo este proyecto son las formaciones políticas ultraderechistas y fascistas. El totalitarismo político y la militarización de la sociedad forman parte abiertamente de su programa político. Además, los fascistas cuentan con la explotación (hasta la aniquilación) de los trabajadores no nativos, de los inmigrantes, los gitanos y los encarcelados, en pro de un aumento drástico de la «competitividad» de la economía nacional. Los fascistas gritan «¡Viva la nación! y ese grito, tal como ha mostrado la historia, es una potente arma para anular cualquier antagonismo social y de clase.

Sin embargo, el fascismo es una ideología totalmente destructiva a largo plazo para los grupos sociales que lo van a apoyar en un territorio determinado. Quizá asegura un trabajo militarizado para los trabajadores nativos y algún grado de desarrollo capitalista. Pero el discurso belicista nacionalista puede conducir a escaladas militares con los Estados vecinos, a los que, por cierto, no les faltan tradiciones nacionalistas. En este caso, los trabajadores nativos deberán estar preparados para derramar no sólo su sudor sino también su sangre.

Lo que es cómico-trágico es que el fascismo es una herramienta útil para la revitalización capitalista internacional, a pesar de sus declaraciones patrioteras. La destrucción de las sociedades mediante la guerra ofrece buenas oportunidades para un reinicio del desarrollo capitalista —y el fascismo tiene mucha capacidad para convertir relaciones interestatales en escenarios de confrontaciones bélicas... Sea como fuere, ningún/a oprimido/a puede esperar una mejoría de su posición social —incluso si se trata de una mejoría económica provisional— bajo lemas patrióticos.

# 3

## **¿Cómo podríamos vencer? La cuestión de la organización y del poder**

En estas condiciones, es oportuna una propuesta anticapitalista radical, porque es la única que puede ofrecer la posibilidad de un cambio cualitativo en las relaciones sociales. Si el neoliberalismo promete la continuación, consolidación e intensificación de la miseria y el keynesianismo representa el retorno imposible a una fase anterior de la evolución capitalista; si el fascismo es una «solución» abominable, entonces la idea de un cambio estructural de la sociedad “tendría que” entrar de nuevo en nuestro imaginario. Evidentemente, no somos ingenuos y no argumentaremos que esta propuesta tiene más posibilidades de ser aplicada que las otras. Sabemos que suele ocurrir al contrario. Lo que decimos es que sólo una perspectiva rupturista puede dar una salida a la situación ideológica y social actual. Y aunque

esta perspectiva tenga menos posibilidades, no deja de ser la única que pueda permitir una vida digna.

A continuación intentaremos aclarar algunos elementos muy básicos. El proyecto que intentamos organizar y promover, es una hipótesis. Hipótesis significa «causa» que funciona como imperativo ético-político: es mejor para la humanidad que las cosas se hagan según lo que ella dictamina que de otra manera. Al mismo tiempo, hipótesis significa «hipótesis de trabajo». El cambio estructural de la sociedad representa una posibilidad valiosa y prometedora que vale la pena explorar e intentar contrastar, ya que nada en el mundo capitalista puede hacer que las condiciones sociales de vida sean lo suficientemente soportables.

Algunos contradecirán argumentando que ha habido intentos de aplicación de tales proyectos pero éstos han fracasado. No obstante, habría que aclarar qué significa la palabra «fracaso». La hipótesis revolucionaria fracasó a la hora de vencer, sí. Pero no fracasó en existir y en convertirse en una fuente de inspiración para miles de hombres y mujeres que anhelan crear relaciones personales y sociales basadas en valores nuevos, que experimentan, que escriben textos, combaten y arriesgan para conseguir algo que han elegido ellos mismos y no otros en su nombre. La gente hace su historia intentando algo que no existe, algo que ve como una respuesta a una o varias cuestiones de su vida. No alcanzar la meta no borra el trayecto que se ha seguido hacia ella, ni su significado e importancia. Pues la lucha por una sociedad de equidad y libertad, como un movimiento que recorre toda la historia moderna, dio la oportunidad a los «plebeyos» de no vivir según el orden social de los amos, incluso aunque los últimos siempre consiguieran una vuelta a una normalidad dominada por sus privilegios. Permitió a los oprimidos y oprimidas crear espacios y tiempos de libertad. Permitió algo más que estallidos de descontento desorganizados y poco consistentes. El capitalismo y la barbarie, por el momento, han conseguido imponerse pero no han tenido «éxito». La cuenta que han dejado y siguen dejando tanto en número de muertos como de todo tipo de víctimas, aunque es signo de su fuerza, no puede considerarse signo de su éxito. ¿Si el criterio del éxito fuera las veces que los sistemas de

dominación se han impuesto subyugando a modelos sociales alternativos, deberíamos considerar la historia de la humanidad una historia de éxitos sucesivos! La colonización, los regímenes premodernos que se basaban en el sangre, la tortura y la humillación, la Iglesia católica de la Inquisición o la esclavitud deberían considerarse como fenómenos históricos y éticamente justificados sólo por haber existido y sobrevivido durante un periodo. Y aunque tal conclusión sería ingenua —¡el cometer un crimen no lo justifica!—, se repite cuando se intenta legitimar la organización social dominante.

El discurso anarquista surgió de la Primera Internacional y se caracterizó por puntos de vista antijerárquicos y en pro de la horizontalidad. No obstante, dicha horizontalidad nunca fue absoluta. La organización de la lucha y de la revolución impuso deberes y funciones que conducían a una división del trabajo político. Esta división conducía, además, a la existencia de estructuras en las que no todos tomaban las decisiones, sino sólo las personas encargadas de determinadas tareas. De esta manera se establecía algún tipo de «jerarquía». El elemento que diferenciaba a esta jerarquía de la perspectiva jerárquica tradicional era que el representante o encargado debía expresar el sentir de la base, defender sus intereses y ser controlado por ella. El método de control más importante siempre fue la revocabilidad.

Sin embargo, sabemos que este control muchas veces sólo se ha dado en teoría y que es imposible que la dinámica y la velocidad del conflicto permita la revocabilidad constante y el control continuo de las decisiones por parte de la base. Por tanto, lo que caracterizaba a los anarquistas no era tanto ese control constante y real de la base sobre los delegados ni tampoco, para ser sinceros, la falta de líderes, sino el hecho de que la necesidad de ese control nunca dejó de ser una meta. En otras palabras, la horizontalidad en la organización de la lucha fue siempre el elemento discursivo central y, en ese sentido, existía una continua tendencia a buscar maneras mediante las cuales este elemento podía convertirse en una realidad. La negación de la jerarquía ha sido siempre una apuesta, una cuestión abierta y no una realidad establecida en la historia del movimiento libertario.

Eso es totalmente lógico y previsible. Si un colectivo político o social consigue llegar a procesos antijerárquicos sólidos y permanentes, puede lograr también la realización del sueño revolucionario. Pero tal conquista es imposible desde un punto de vista lógico, porque equivaldría al «fin de la historia»

En las relaciones sociales no puede alcanzarse un estado de completa simetría. Algunas son necesariamente asimétricas; por ejemplo, la relación entre progenitores y niños. Otras se convierten en asimétricas por los diferentes niveles de actividad entre las personas. El poder es producto de la actividad humana y se produce a medida que esta actividad se desarrolla. Una sociedad equitativa no es una sociedad en la que todos son iguales, sino una sociedad con suficiente capacidad autorreflexiva como para cuestionar las desigualdades emergentes, ponerlas sobre la mesa y tomar medidas concretas para anularlas. La sociedad que pretendemos crear se acerca asintóticamente —es decir, se aproxima cada vez más sin llegar nunca a coincidir— a la equidad plena.

Con esa misma lógica, el problema no está en la existencia de prácticas de delegación. El problema es que el paso de estas prácticas a relaciones de dominación no sólo es posible sino muy fácil de llevarse a cabo. Las prácticas de delegación son inevitables —hace falta repetirlo. Y, por tanto, estamos «condenados» a plantear y estudiar siempre la relación entre organización, delegación y dominación e intentar construir prácticas de delegación basadas en la revocabilidad y que no conduzcan a relaciones de dominación.

Cualquier forma de organización social y colectiva —a mayor escala que un grupo no numeroso—, incluye de una u otra manera, y en mayor o menor grado, la existencia de miembros del colectivo que puedan tomar decisiones en nombre del colectivo. Diríamos que la organización de un colectivo implica algún grado de verticalidad inevitable. No existe la organización antiautoritaria pura, como tampoco existe el paraíso social o el fin de la historia por la llegada del comunismo libertario o cualquier otra doctrina o concepto. Lo importante es la tendencia y la orientación que hemos elegido y una meta a la que podemos aproximarnos, tocándola sólo en algunos momentos pun-

tuales. No debemos parar de intentar llegar siempre a la equidad total, sin embargo tampoco podemos anular la eficacia de nuestras acciones en nombre de la preservación de las prácticas antijerárquicas.

En las del pasado, cuando el movimiento anarquista y libertario se enfrentó de manera decisiva con las fuerzas de la opresión, su organización siempre incluyó prácticas de delegación. Es más, seguro que podemos reconocer, en estos movimientos, la presencia de relaciones de autoridad porque, si queremos ser sinceros, no podemos afirmar que la delegación no se deslizaría hacia la imposición de los líderes frente a la base. Nunca sabremos hasta qué punto los delegados, «líderes» (Makhno, Durruti), estaban controlados (y hasta qué punto no lo estaban) por la base del movimiento.

En otras palabras, no debemos idealizar nada. Pero sí reconocer nuestra historia —no sólo las partes que nos convienen— e intentar aprender de ella. No tenemos la verdad; sólo algunas ideas sobre el camino que debemos seguir. Así, la existencia de prácticas jerárquicas en el seno del movimiento libertario y anarquista muestra que la cuestión que tenemos que plantear y resolver es evitar la emergencia de nuevas autoridades y apoyar el empoderamiento de la base frente a sus delegados. La cuestión no es repetir la pretensión poco realista y «a-histórica» de una horizontalidad absoluta.

Dicho de otro modo, cada proceso político colectivo tiene dos partes: el proceso y el resultado. La deliberación y su producto. El medio y el fin. El debate y, luego, la toma de decisiones.

La perspectiva autoritaria (incluida la bolchevique y estalinista) ha propuesto siempre, de una u otra manera, la desestimación del proceso del debate a favor de un resultado rápido. En la perspectiva bolchevique-estalinista, están «los que saben» qué hay que hacer en pro de la liberación del proletariado, mientras el proletariado les sigue a ciegas. En la democracia burguesa, la gente también se limita a cumplir el papel de votante, para que surja un poder que gobierne sin cuestiones planteadas por la base social que puedan cambiar el curso de esa gobernanza. El proceso, el debate, el medio se desestima en favor de la toma de decisiones, del resultado, del fin, provocando, obviamente, un resultado que se caracteriza por el proceso que condujo hasta él, es

decir, la pasividad de la base y la concentración de poder en manos de una minoría.

El punto de vista anarquista y antiautoritario es especialmente crítico con este modo de funcionamiento y contrapropone procedimientos horizontales. Su discurso actual se opone a la lógica de la delegación/representación para anular la posibilidad de que esta delegación produzca nuevas dominaciones. Para un gran grupo de militantes, hoy en día, todo debe pasar por la base. Así, se presupone que el proceso no será jerárquico y autoritario. No obstante, existe un «pequeño» problema: en condiciones de horizontalidad radical, es decir, sin algún grado de delegación, el proceso se vuelve ineficaz. Los y las anarquistas resolvemos el problema de los peligros de la delegación a coste de una parálisis. La salvaguarda de la equidad y la libertad se encierra dentro de los límites de una actitud que es ética, sí, pero ineficaz y lleva a un callejón sin salida. Frente a la idea de que el fin justifica los medios, los/las anarquistas argumentan que la fe en los medios es ya una victoria. Y parece que ella conlleva algún tipo de renuncia sobre el fin y el objetivo —un cambio significativo a gran escala en las relaciones sociales.

Las propuestas anteriores en pro de un discurso más pragmático tendrán un reflejo en nuestro posicionamiento global frente a la crisis capitalista. ¿Cómo se puede plantear algún tipo de propuesta general ante la crisis más allá de consignas abstractas como «abajo el capitalismo», etc.? ¿Es posible llegar a un punto en el que se pudiera presentar un borrador o algunos elementos de una organización social diferente? Las observaciones a lo largo de este texto nos permiten vislumbrar ese borrador como algo realizable, como algo que podríamos empezar a elaborar y no como una cuestión que hay que posponer para después de la gran ruptura.

Hay que volver a la experiencia histórica del movimiento anarquista, libertario y también de otros movimientos revolucionarios, para encontrar aquellos elementos que los convirtieron en fuerzas victoriosas. Por supuesto, esas victorias siempre han sido provisionales y parciales. Sin embargo, existieron. Y vale la pena ver cuáles eran sus formas de organización en las fases victoriosas y qué conclusiones po-

demos sacar de ellas. No tiene sentido hablar de lo que es ética o ideológicamente correcto, sin eso no nos da pistas para conseguir un cambio significativo en las relaciones sociales.

La experiencia histórica del movimiento makhnoviano, de la CNT-FAI o de la Comuna de París nos dan material para aclarar nuestra posición sobre una cuestión especialmente delicada: si un centro político es necesario o no para la organización de la sociedad y de la lucha. Y cuando hablamos de «centro político» nos referimos a una entidad que pueda tomar decisiones y aplicarlas, y cuya existencia sea considerada necesaria por cuestiones de coordinación, tiempo y eficacia.

En la sociedad actual, el papel de «centro político» lo ejercen el Gobierno y otro tipo de órganos directivos. Eso ha hecho que muchos consideren que es imposible ser «centro político» si no es con una lógica autoritaria. Esto no es correcto. Si el centro político está controlado por la base, puede expresar su voluntad y su fuerza de imponerse a los amos y sus mecanismos de poder. El comité ejecutivo de la Comuna de París (1871), por ejemplo, tenía este carácter. Sus miembros eran revocables y recibían un salario igual que el de cualquier otro funcionario. Su objetivo era defender la Insurrección popular. Podían publicar decretos vinculantes. Y, si bien es cierto que nadie puede argumentar que sus decisiones fueran siempre las mejores, sí puede decirse que, en aquel momento, no podemos imaginar otro modo mejor de autoorganización revolucionaria.

El objetivo de una transformación social rupturista no puede ser únicamente la destrucción del Estado y de las instituciones. Nuestra propuesta debe ser la creación de estructuras que aseguren la revocabilidad constante y el control —ejercido por la base— sobre la toma de decisiones, control que debe incluir también a la actividad económica. Tal cosa presupone que los representantes no pueden ser profesionales de la política sino cualquier persona. Quien desee gobernar no debería acceder a dichos órganos, porque éstos no serán la expresión de este tipo de deseos, sino justamente de su deslegitimación social. Tampoco sus miembros podrían disfrutar de privilegios que la población no tuviera. Es evidente que conocemos las dinámicas de poder que se desarrollan en los espacios de toma de decisiones y que somos

conscientes de que ellas aparecerán en los órganos que intentemos crear. Son inevitables. No obstante, su consolidación y naturalización sí son evitables. Por ejemplo, es muy probable que aparezca una tendencia hacia la concentración del poder en nombre de la eficacia. La cuestión en ese momento sería, entonces, que los colectivos de base, al identificar esta tendencia, plantearan su cuestionamiento y su impugnación en el orden del día e intentaran responder a la necesidad de eficacia buscando alternativas. Existe una evidencia empírica de que los anarquistas - libertarios han ignorado la cuestión de la eficacia por defender la horizontalidad, o bien han aceptado —sin reconocerlo— las manifestaciones de jerarquía y concentración de poder en manos de determinadas personas.

No obstante, eso no es todo. Esta sencilla idea —control constante y revocabilidad de los representantes por parte de la base— como principio de regulación de la vida social es extremadamente radical. Rompe no sólo con la lógica del Estado como mecanismo sino también la lógica del Capital como relación social. Porque esta idea del control constante y la revocabilidad de los representantes por la base se impondría no sólo a los manipuladores profesionales de la política sino también a la figura del jefe/patrón. En otras palabras, este planteamiento implica el fin de la propiedad privada de los medios de producción. Nada más y nada menos que lo que los anarquistas siempre han planteado: autoorganización en todos los ámbitos de la vida.

Este principio nos da la oportunidad de conectarnos con los elementos liberadores de la modernidad, de defenderlos y extenderlos. La Revolución francesa del 1789 significó el principio del fin para los «monarcas con derecho divino» y la aristocracia, y el inicio de su sustitución por representantes elegidos. La legitimidad del Poder dejó de surgir de Dios o la Naturaleza y se declaró que debía fundamentarse en la «soberanía popular». Esto era una declaración escandalosa e inimaginable en la época, aunque no se llevó a cabo hasta sus últimas consecuencias. Hoy en día, es la hora de realizar un nuevo salto histórico. Buscar una ruptura que, aunque muy diferente, será tan fuerte como la del 1789. Aquel escándalo del fin del monarca y de su sustitución por representantes electos debe ser seguido por un segundo

acto inimaginable: la imposición del control continuo desde la base de todos los aspectos de la vida colectiva. La revocabilidad de los delegados es una herramienta fundamental para este control. Y a los que nos digan que perseguimos imposibles les responderemos que igual de imposible parecía, hace tres siglos y medio, el fin de los aristócratas y el establecimiento de la República. Cuando este comienzo tuvo lugar, nada volvió a ser igual y el camino se abrió para que lo imposible se convirtiera en algo totalmente posible.

Aunque el liberalismo político burgués y el capitalismo nacieron en la matriz de la consigna «Libertad, Igualdad, Fraternidad», se desarrollaron con total falta de coherencia hacia las implicaciones liberadoras de tal consigna y condujeron a los totalitarismos actuales del mercado y del Estado policial moderno. La respuesta a la crisis actual no es una propuesta técnica «a» o «b», sino la reivindicación y la realización de esta consigna. De esta manera, la crisis que hoy es económica podrá convertirse en crisis de legitimidad política y de aceptación social de las instituciones.

Evidenciando la historicidad del proyecto revolucionario y antiautoritario, que surge de las luchas de la humanidad por libertad e igualdad, y explicando que este proyecto es el único que ha tomado en serio la idea del «pueblo soberano», se puede crear una agenda de cuestiones que tenga en su centro cambios tangibles y, al mismo tiempo, revolucionarios. Esta agenda nos ayudará a mostrar que nuestra propuesta no es utópica y que nos permite crear acontecimientos que marcarán un «antes» y un «después» en las relaciones sociales y en la organización del mundo en el que vivimos. Aceptando la existencia de una centralidad política en la lucha y en la sociedad, basada en la autoorganización y en la revocabilidad constante, contribuiremos a la creación de estos acontecimientos. Necesitamos empezar a pensar en términos pragmáticos si queremos que la revolución entre de nuevo en la escena de la Historia y de las historias de todos y todas la historia.



# 4

## Guerra y comunidad

De las páginas anteriores se deduce que, para conseguir crear acontecimientos, debemos actuar juntas. La dispersión y el inmediatismo son dos de las grandes enfermedades que han convertido el movimiento revolucionario en un agregado de colectivos e individuos que actúan sin visión de futuro, es decir, sin incorporar su acción a un plan estratégico. La sola idea de contar con una estrategia se considera caduca. Las experiencias de la burocratización y la potencia política ideológica y policial del Estado y del mercado han hecho creer a muchos que cualquier cálculo sobre el futuro es imposible o innecesario y que lo único que nos queda es actuar desde nuestros colectivos, nuestros barrios —o lo que sea— con la esperanza de que surjan posibilidades no previstas en el momento de la acción. Sin embargo, nada se construye solo y sin una planificación temporal, espacial y material. Construir sin planificar garantiza un resultado

poco sólido y sin capacidad de resistencia y, además, el desgaste inútil de nuestras fuerzas.

Incluso aunque sepamos que la realidad nunca será como nuestras previsiones imaginaron, tanto en la vida individual como en la colectiva, en la paz como también en la guerra, hay que prever las implicaciones de cada acción. Abandonar cualquier visión sobre el futuro equivale a acomodarse en la marginalidad y aceptar que el Estado y el mercado son tan fuertes que es imposible salir del desierto que imponen. Pero pensar así hoy en día es algo inadmisibles. Cuando las calles arden cada vez con mayor frecuencia, sin que el capitalismo y sus policías pierdan la hegemonía social, se entiende la tremenda necesidad de pensar en algo más que en levantar un barricada, crear un disturbio de dos horas, ocupar una casa u organizar una charla. Hay que salir del eterno reciclaje de prácticas y espacios, si queremos generalizar la ruptura. La impotencia organizativa y la falta de una visión estratégica nos hacen perder lo que podría ser una oportunidad. No debe bastarnos con acumular vivencias cortas. Una visión estratégica nos permitiría planificar, realizar, evaluar luego los resultados y los planes, y así adquirir un conocimiento que no teníamos antes. Realizando círculos sucesivos de planificación-realización-evaluación, en el marco de planes a corto, medio y largo plazo podemos ser algo más que moscas que molestan —persistentes, eso sí— a un caballo.

El avance del proyecto revolucionario puede entenderse como un entramado de acciones guerreras y también como un proceso de construcción de una contra-hegemonía cultural. «Acción guerrera» significa socavar el control policial del espacio y obstruir el flujo de las mercancías. Las prácticas para conseguirlo son bastante conocidas, aunque nuestra creatividad debe poder inventar también otras nuevas. «Contra-hegemonía» cultural implica el desarrollo de significados y prácticas mediante las cuales se empieza a crear ahora mismo las formas de vida que queremos crear: desde las casas ocupadas hasta comedores colectivos, desde grupos de estudio y debate hasta el desarrollo de servicios sociales autogestionados. La dimensión guerrera es imprescindible. Los que creen que puede crearse un mundo paralelo —sustituyendo poco a poco el mundo actual— tienen la ingenua idea

de que las estructuras dominantes se acabarán retirando poco a poco y «naturalmente». Pero cuando incluso un escrache pacífico es penalizado, si estas estructuras alternativas llegan a un punto de desarrollo que amenace el funcionamiento del mercado, serán objeto también de operaciones represivas. ¿Cómo se puede esperar que el capitalismo vaya a permitir una limitación que provenga de la actividad creativa de las oprimidas y los oprimidos, cuando no es capaz ni siquiera de aceptar sus propios límites e intenta resolver sus contradicciones devaluando la vida de poblaciones enteras? Si lo que se busca es algo más que un activismo alternativo en pro de una vida acomodada y si el miedo ante la armadura policial y militar del Estado no determina los argumentos que tenemos, se hace necesario, repetir lo que escribió Sartre en su famosa introducción al último libro de Fanon: *“no hay acto de ternura que pueda borrar las marcas de la violencia, sólo la violencia misma puede destruirlas”*

En términos de pragmatismo político, se puede decir que hay que dejar claro a los amos y a sus cómplices que sus maniobras y sus expositos les costarán caro. Que la colonización de la vida por el mercado y el Estado conlleva una guerra social imparables. Que las decisiones a favor del «desarrollo» o la «economía» hacen que estos últimos se vayan al carajo a causa de la reacción feroz de las multitudes. Si el objetivo es bloquear la agresividad institucional, la desobediencia y la confrontación directa son inevitables.

Por otra parte, la actividad guerrera es inseparable de la necesidad de construir nuestra contrahegemonía en el plano cultural, cotidiano y discursivo. Cualquier confrontación que esté desligada del proyecto constructivo de un mundo nuevo «aquí y ahora» es puro suicidio. Muchas aventuras armadas han confirmado esta triste conclusión. Gramsci tenía razón cuando argumentaba que el proletariado, antes de conseguir la hegemonía militar, tiene que haber conseguido la dominación en el plano cultural. Nosotras no sólo reafirmamos la necesidad de avanzar en ambos planos, sino también la de incorporar ambos en una estrategia común. Combinar las dos dimensiones de manera circunstancial y aleatoria, como se ha hecho hasta ahora, conduce al estancamiento.

Algunas experiencias históricas pueden ser ilustrativas al respecto. Entre los años 1970-1972, la población del barrio de Derry, en Belfast (Irlanda del Norte) y las organizaciones político-militares republicanas consiguieron mantener bajo su control la zona durante muchos meses e impedir la entrada de las tropas británicas. Docenas de barricadas fuertes como muros, vigiladas constantemente por militantes, bloqueaban las entradas al barrio. En ese caso, el enfrentamiento con el ejército y el Estado británico no se basaba en las armas, aunque su posesión y uso fueran indispensables. Era el entramado de estructuras comunitarias republicanas, la legitimación social y la acción militar lo que daba la oportunidad de bloquear políticamente las posibles ofensivas del ejército. Los republicanos no ocuparon militarmente el territorio de «free Derry», más bien realizaron una reapropiación ofensiva. Las barricadas no eran defendidas por activistas armados sino por los llamados «auxiliares», que, evidentemente, no eran auxiliares, sino el tronco de la resistencia. El ejército no entraba porque no se enfrentaba sólo a grupos armados sino a una comunidad sublevada, que usaba todos los medios para defender su territorio. En pocas palabras, el ejército británico hubiera podido ganar militarmente, pero el coste político hubiera sido inasumible. La estrategia de esta reapropiación ofensiva llegó a su fin cuando el IRA cayó en los errores típicos del militarismo: acciones armadas desligadas del contexto, inspiradas en la lógica de las guerras clásicas interestatales. El primer error fue la ejecución de un simple soldado británico que estaba de vacaciones en la casa de su familia en ese mismo barrio. El IRA lo mató sólo porque era... un soldado británico, obedeciendo a una especie de purismo moralista y a una ética militarista fuera de cualquier lógica estratégica. El segundo error fue una ola de atentados con bombas contra el ejército inglés y los paramilitares proingleses que causaron muchas muertes y heridos. También en ese caso, el militarismo, desligado de los aspectos comunitarios y sociales de la lucha, permitió una gran invasión británica militar en el barrio. El error fue la separación de la dimensión guerrera de la dimensión comunitaria y social, cuyo ensamblaje anulaba la agresividad del ejército. Hay que tener claro que la guerra social no sigue la misma lógica que la guerra clásica. Evidentemente es una gue-

rra, pero también es social —tiene que ser social si no quiere convertirse en un espiral de confrontación autodestructiva con el Estado—. Para la violencia revolucionaria, la inmersión social es vital.

Cualquier acción tiene que estar conectada con una nueva cultura sobre el uso de la violencia. Aparte de la utilidad estratégica en la acción, tiene que promover los valores de la equidad, la solidaridad y el apoyo mutuo. Por tanto, no puede verse como una descarga emocional individual o como una actuación autocomplaciente, indiferente a las consecuencias colectivas y políticas.

Muchas veces las acciones de ataque a objetivos capitalistas se justifican según el deseo de hacer «aquí y ahora» lo que se desea. Esta actitud, aunque rompe con los contenidos de la práctica consumista, no rompe con su lógica. La rebeldía individual se dirige a los cristales con la misma ansia que el consumidor, aunque el resultado sea muy diferente. Idéntica focalización en el placer individual, idéntica falta de perspectiva sobre el futuro, idéntica contemplación del espectáculo que se produce —sea en televisión o en YouTube— después de «pasar al acto». Lo que sí es diferente es que esta rebeldía basada en el deseo individual es una exploración de posibilidades emancipadoras que puede conducir al pensamiento y a una práctica emancipadora, mientras que el consumidor repite los mismos circuitos de compras y frustraciones incesantes.

El enfrentamiento directo con los mecanismos de dominación es inevitable. Este enfrentamiento tiene que ser también con sus valores respectivos. Por tanto no tiene nada que ver con héroes y mucho menos con machos alfa. No es una actividad mediante la cual pueda rendirse culto a la fuerza física o la rabia juvenil. La selección de nuestros objetivos y nuestras prácticas pretende ser inclusiva, antiheroica y antimasculinista. Por otra parte, no debemos basarnos en ese principio paralizante de que «todos lo deben hacer todo». Es necesario crear sinergias y complicidades entre diferentes posiciones y habilidades personales e interpersonales. Constituir un contrapoder revolucionario en las calles y en la vida cotidiana quiere decir constituir una máquina de guerra social en la que todos y todas puedan participar asumiendo

diferentes tareas y complementándose entre sí sin crear «especialistas» de cualquier tipo.

El conflicto —imprescindible para liberarse de la paz opresora— siempre te expone a la posibilidad del desgaste, a las bajas, a la derrota física o política. En ese sentido, debe exigírsele a los y las camaradas plena conciencia y responsabilidad en relación con los actos que pretenden realizar. La obediencia requiere sólo seguir las normas dictadas, no implica elecciones arriesgadas, no te expone a nada salvo a la obligación de vender y venderse constantemente. Pero atravesar el Rubicón para atacar Roma —y liberarla, en nuestro caso— es algo muy diferente: equivale a asumir una tremenda responsabilidad frente al cuerpo colectivo que está en lucha.

Todo esto no puede existir sin una determinada promoción de nuevas formas de vida. Y, dado que no nos faltan vivencias cortas de dos o tres horas —sean charlas o disturbios—, nuestras intervenciones deben dejar de tener el carácter de encuentros provisionales durante los cuales cada una sale de su burbuja individual —su trabajo, su casa, su relación de pareja— para volver a ella cuando la intervención acabe. Los grandes asaltos proletarios del pasado eran realizados por proletarios y proletarias que compartían una vida común. Esa vida común debe reconstruirse como base del asalto que queremos realizar. Es un aspecto fundamental para la realización de ese asalto. Y esto implica, primero, poner atención a la dimensión de nuestra interdependencia material, incluida la humana y afectiva. La idea del yo autosuficiente y conquistador parte de la realidad que queremos derrotar, con lo cual no debemos apelar a la fuerza o el coraje individual de cada una. No somos soldados. Desarrollamos sinergias para compartir y cumplir nuestras necesidades: comida compartida, techo común, relaciones afectivas, todo merece ser atendido en nuestro proyecto. Los miembros de cualquier cuerpo combativo deben saber cuidarse entre sí. Sin lazos de solidaridad, sin amistades que hagan realidad la consigna «todas para una y una para todas» no hay posibilidad de seguir adelante. Partimos del reconocimiento de nuestra fragilidad para crear interconexiones que nos hagan sentir apoyados, reconocidos y capaces de actuar. También debemos prestar especial cuidado a los momentos

más delicados de la vida: momentos de dolor y de duelo, condiciones físicas limitadoras, enfermedad, vejez, muerte. Nuestras vidas se entretienen. Reconocer y potenciar esos lazos también es participar en la guerra en curso.

En resumen, hablamos de una guerra que implica combates y a la vez, construcción de alternativas. Previsiones estratégicas y atención a la cotidianidad. Centralidades políticas y también socialización de la toma de decisiones. Memoria histórica y búsqueda de nuevas respuestas. Todos estos elementos nos muestran que el proyecto es o debe ser una conjunción de perspectivas y prácticas diferentes pero interdependientes, que nos conectan con la experiencia pasada y también nos muestran que esta experiencia no se puede repetir. En otras palabras, hay que seguir inspirándose de los viejos sueños revolucionarios pero no sólo de ellos, hay que inspirarse también de nuestros momentos y actos actuales. Lo que mantenemos siempre es que no reconocemos la legitimidad de la dominación, de sus reglas y tampoco reconocemos sus victorias. Incluso si nuestras posiciones parecen delirantes afirmamos: estas victorias son sólo provisionales. La apuesta que empezó hace algunos siglos se mantiene aunque las reglas del juego se han renovado. Las reglas cambian pero el antagonismo se mantiene. Es la misma partida con el mismo fin: un bando gana y otro pierde. Hemos aprendido que nuestras posibilidades de felicidad -irremediablemente finitas - se amplían cuando los pactos se rompen. Conectemos los diferentes frentes y momentos de ruptura en una visión común para ganar la partida.



# Índice

Prólogo . . . . .	3
Introducción . . . . .	7
1 Sobre la identidad política . . . . .	11
2 Los adversarios del proyecto emancipatorio . . . . .	15
3 ¿Cómo podríamos vencer? La cuestión de la organización y del poder . . . . .	23
4 Guerra y comunidad. . . . .	33





Lo que se intenta en el siguiente texto es defender la actualidad de la causa revolucionaria y, al mismo tiempo, repetir o aclarar aquellas características que le permitirían salir de la posición marginal en la que se encuentra. Consideramos que hay que recuperar la historicidad de la causa que defendemos. Ante las críticas que consideran que nuestra propuesta es utópica e inaplicable respondemos que ella ha sido expresión de un movimiento histórico que no ha cesado de aparecer, reaparecer y dejar sus huellas en toda la historia social.